

UNA UNIVERSIDAD LLAMADA A APORTAR CON EXCELENCIA EN LA MISIÓN DE RECONCILIACIÓN Y JUSTICIA

1. La labor educativa de la Compañía de Jesús: formar mujeres y hombres para los demás

Al contrario de muchas congregaciones religiosas, que han nacido como respuesta a la necesidad atender a grupos (sociales, culturales, regionales) que no disponían de oportunidades de buena educación, los primeros compañeros, que con San Ignacio de Loyola fundaron la Compañía de Jesús en la primera mitad del siglo XVI, no tenían esa preocupación en mente. Por lo menos no inicialmente. Su interés primero era, sin duda, disponer todo lo que eran y podían al servicio de los más necesitados, pero no querían delimitar su atención a éste o aquel campo de actuación. Por eso, lo primero que hacen luego de haberse configurado como grupo de compañeros bajo la obediencia a Ignacio es ofrecerse al Santo Padre en Roma, confiados en que él, desde su posición de Pastor de la Iglesia, con una mirada universal sobre las necesidades de su rebaño, les podría enviar *en misión* adonde le pareciera más necesario.

Sin embargo, muy pronto la labor en el campo de la educación fue ganando terreno en el servicio apostólico de la Compañía de Jesús. San Ignacio y sus primeros compañeros se fueron dando cuenta no solo de la necesidad que había en ese campo, sino también de la amplitud de posibilidades que ese mismo campo les abría para poder vivir la misión.

La labor educativa de la Compañía de Jesús, desde su experiencia inicial en los colegios, lanzaba sus raíces en la tradición humanística del Renacimiento. Los primeros jesuitas eran hombres de su tiempo, que habían conocido profundamente el Humanismo en la Universidad de París. Además, en la Universidad habían conocido a Ignacio y, bajo su dirección, habían pasado por la experiencia de los *Ejercicios Espirituales*. En esa experiencia, habían contemplado largamente el núcleo de la experiencia cristiana: el misterio de la Encarnación del Verbo. Dios que, asumiendo él mismo nuestra "carne", o sea, nuestra vida humana en la historia, nos revela la "seriedad" con que trata nuestra Humanidad. El humanismo renacentista no era, pues, ni extraño ni ajeno a las experiencias -académica y espiritual- desde la cual nace la Compañía de Jesús.

La espiritualidad nacida de la experiencia de los Ejercicios Espirituales, que iluminaba su comprensión profunda del mundo, del ser humano y su destino, puso así la base para que, en aquellos hombres, dejándose confiadamente conducir por el Espíritu de Dios que obra en el mundo, se percataran de que en la labor educativa habían encontrado un camino excelente de servicio a la Iglesia, al Evangelio, a la Humanidad.

El P. Arrupe lo ha expresado lúcida y proféticamente al decir que el propósito de la labor educativa de la Compañía de Jesús, más que transmitir informaciones y entrenar habilidades, es esencialmente formar *hombres y mujeres para los demás*. A esa expresión añadió el P. Kolvenbach un matiz: *y con los demás*. Permítanme aquí recordar un gran jesuita brasileño, que fue también parte de la historia de la PUC-Rio, Dom Luciano Mendes de Almeida. Esa actitud de vida que la Compañía de Jesús desea hacer germinar en el corazón

de las personas que frecuentan sus instituciones educativas la traducía concretamente Dom Luciano en la pregunta que siempre hacía al llegar a algún lugar: “¿En qué puedo ayudar?” Y a la pregunta siempre seguía una acción concreta, que incidía en positivamente la realidad.

Los Superiores Generales y las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús del postconcilio Vaticano II, han reconocido el enorme valor del apostolado educativo e intelectual y su contribución a la misión de la Compañía. Por mi parte, quiero aprovechar la oportunidad de esta visita para ratificar mi estima y la del cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús por la misión que se realiza aquí en la PUC-Rio y subrayar su importancia en el actual contexto mundial, al cual queremos brindar un servicio a la misión de reconciliación, fruto de la justicia que lleva a la paz.

2. El reconocimiento de la esfera pública, como dimensión esencial de la vida humana y social.

La comprensión cristiana del ser humano insiste en que nadie puede ser verdaderamente humano aislado, fuera de una vida de relación con otros seres humanos. No existe lo humano en soledad. Lo humano es el vivir de los seres humanos los unos con los otros. La antropología bíblico-cristiana parte de que el ser humano, todo ser humano, es creado a imagen y semejanza de un Dios que es Trino, es decir, de un Dios que es, en sí mismo, comunidad de Amor, que es sí mismo, comunicación, comunión.

La persona humana no es ni puede ser individualidad aislada. Existir así es inhumano. Uno solo puede ser / hacerse humano en la medida en que se comprende como individuo-relacionado y desde ahí construye su existencia. El ser humano, por tanto, sólo puede realizarse como ser humano en la red de relaciones con otros seres humanos. De hecho, cada uno de nosotros nace ya inserto en esa red, así llega al mundo y entra a la historia. Poco a poco, uno va tomando conciencia de esa realidad en la medida en que se desarrolla y va aprendiendo a vivir en y desde esa red de relaciones, y así la va fortaleciendo y ampliando (o, infelizmente, en algunos casos, debilitando o dañando) a lo largo de su existencia.

Por su vez, la comunidad, como red de relaciones que es, se forma, alimenta y enriquece desde la interrelación de individuos con características propias, pero todos con el elemento común, constitutivo e irrenunciable de la relacionalidad.

Tomando como base esa antropología, que es fundamento de toda y cualquier antropología que se quiera cristiana, no hay como negar que lo público es parte sustantiva de lo humano, de la humanidad.

2.1. Reconocer el vínculo indisoluble entre ética y política.

Los seres humanos somos, por tanto, constitutivamente comunitarios, en otras palabras, políticos, en el mejor sentido de esa palabra.

El Papa Francisco, en su diálogo con los jesuitas reunidos en la 36ª Congregación General en octubre del año pasado, afirmaba: *Creo que la política en general, la gran política, se ha*

degradado cada vez más en la pequeña política. No solo en la política partidista dentro de cada país, sino en las políticas sectoriales dentro de un mismo continente. (...) Los Obispos franceses acaban de sacar una comunicación sobre la política que retoma o sigue una de hace unos quince o veinte años atrás, "Rehabilitar la política" que era muy importante. Aquella declaración hizo época: dio fuerza a la política, a la política como trabajo artesanal para construir la unidad de los pueblos y la unidad de un pueblo en todas las diversidades que hay dentro de ellos. (...) La política es una de las formas más altas de la caridad. La gran política.¹

La política es el ámbito de la vida social en el cual se toman las de decisiones públicas o colectivas en la búsqueda del bien común. Es justamente en el ámbito de la búsqueda por esas decisiones que afectan la vida de los humanos en sociedad donde cada uno de los participantes es llamado a vivir un ejercicio de libertad. Pero de una libertad que no es individualista, que decide con base por "capricho", estrechada por intereses particulares y egoístas, sino una libertad que trasciende al individuo y establece la relación con los demás, es decir, crea la comunidad. Una libertad "para los demás".

En ese sentido entra la ética como la dimensión de la vida humana en sociedad que ofrece las garantías de lo humano en el proceso de toma de decisiones políticas. La ética coloca a la persona como sujeto libre de las decisiones públicas y privadas, afirmando la importancia de la participación y aporte de cada uno de los involucrados en el proceso, abriéndose a acoger, en el espacio de discusión en común, su punto de vista, su percepción, sus deseos e ilusiones. Pero, a la vez, hay necesidad de una ética que cuya mirada sea ensanchada, amplia, desde la cual la acción política se oriente a propiciar el mejoramiento de la calidad de vida de todos los miembros de la sociedad, los cuales son reconocidos como integrantes de la misma humanidad, todos merecedores de respeto y sujetos de derechos (humanos y ciudadanos).

Por tanto, podemos afirmar que la gran equivocación es, sin lugar a duda, des-vincular la política de la ética. Al hacerlo se les resta humanidad a las personas, los grupos y los pueblos. Cuando eso se da, la política se convierte en instrumento de in-humanidad perdiendo completamente su razón de ser. Y en vez de ser *una de las formas más altas de la caridad*, se convierte en la más terrible forma de pecar, o sea, de dañar, incluso de aplastar, lo humano, en uno mismo y en los demás.

2.2. La búsqueda de la justicia social como norte indispensable de lo público.

La 36ª Congregación General de la Compañía de Jesús, reunida el año pasado en Roma, afirmaba: *tenemos los ojos puestos en la humanidad, 'que hasta ahora está gimiendo con dolores de parto' [Rm 8,22]. Por una parte contemplamos la vibración de la juventud que busca una vida mejor, el gozo de muchos ante la belleza de la creación y las múltiples formas en las que muchos ponen sus propias cualidades al servicio de los demás. Sin embargo, también vemos que nuestro mundo enfrenta hoy múltiples carencias y desafíos. En nuestras mentes permanecen las imágenes de poblaciones humilladas, golpeadas por la violencia, excluidas de la sociedad y marginadas. La tierra soporta el*

¹ *Tener coraje y audacia profética.* Diálogo del Papa Francisco con los jesuitas reunidos en la Congregación General 36, 24 octubre 2016.

*peso del daño que le hemos causado los seres humanos. Nuestra misma esperanza está bajo amenaza y su lugar han venido a ocuparlo el miedo y la rabia.*²

Sigue el texto del Decreto 1 recordando las palabras del Papa Francisco en su encíclica *Laudato Si'* (139): *no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Esta crisis única, que subyace tanto a la crisis social como a la ambiental, tiene su origen en el modo como los seres humanos usamos -y abusamos- de la población y las riquezas de la tierra. Es una crisis con profundas raíces espirituales; mina la esperanza y el gozo que Dios proclama y ofrece en el Evangelio.*³

Todavía, la misma Congregación reconocía que la Compañía está llamada a un servicio de reconciliación y justicia: *hemos escuchado relatos sobre las escandalosas formas de sufrimiento e injusticia que padecen millones de hermanos y hermanas nuestros. Al reflexionar sobre todo ello, escuchamos a Cristo que nos convoca de nuevo a realizar un servicio de justicia y de paz, sirviendo a los pobres y excluidos y ayudando a construir la paz.*⁴

Esas palabras del Santo Padre y de la 36^a Congregación General quieren ayudarnos a tomar conciencia de las consecuencias de la desaparición de la justicia como un valor ético clave en la reflexión de algunas Ciencias Sociales, especialmente de la economía, en la medida en que es ella la que domina el paradigma neo-clásico y su utilitarismo moral.

La realidad de la creciente desigualdad social a causa del empobrecimiento de personas y pueblos, de la explotación de los más débiles y del abuso de la naturaleza, con consecuencias inmediatas terribles sobre grandes grupos humanos. La realidad de tantos conflictos y guerras esparcidos por todos los continentes, confirman que la **justicia** es un valor ético que sólo aparece cuando se toma en cuenta la complejidad de la persona. Supone, por tanto, la superación del utilitarismo que ha ido permeando tantas esferas de la vida humana y de las mismas Ciencias Sociales.

Tengamos claro que la concepción de justicia de un grupo humano, de una sociedad, determina y afecta radicalmente las relaciones que se establecen en su vida en sociedad. Tanto en las estructuras sociales que se crean, como en las instituciones y las normas formales e informales que cada sociedad humana asume como estructura de soporte para su vida en común, se expresa la manera cómo comprende la justicia y al mismo ser humano.

Desde la perspectiva humanista en la que se ubica esta reflexión, la justicia es necesaria e inequívocamente justicia social, es decir, una justicia que no se reduce a garantizar "derechos y deberes" individuales, sino una justicia que se ocupa y preocupa en buscar y garantizar el Bien Común.

En ese sentido, la justicia social es la base de la *solidaridad*, otro valor ético propio de la concepción del ser humano que lleva a incluir entre los criterios de elección la relación con los demás.

² Congregación General 36^a (CG 36), D. 1, n.1

³ CG 36, D. 1, n. 2

⁴ CG 36, D. 1, n. 25

La 36ª Congregación General, recordando la realidad de poblaciones desplazadas y marginadas, pueblos aborígenes amenazados, niños, jóvenes y mujeres en situación de extrema vulnerabilidad, los millones de hermanos y hermanas nuestros que padecen formas de sufrimiento e injusticia, exhorta a la Compañía, y a todos y todas que, de muchas maneras colaboran en y desde su acción apostólica, a apoyar a esos grupos humanos en sus luchas, reconociendo que tenemos mucho que aprender de sus valores y valentía. La defensa y la promoción de los derechos humanos y de una ecología integral constituyen el horizonte ético que compartimos con muchas personas de buena voluntad, que buscan también responder a esta llamada.⁵

Una consecuencia de este razonamiento es el rechazo absoluto de la guerra como forma de hacer política. De hecho, en las relaciones humanas toda forma de violencia no es otra cosa que el fracaso de la palabra, el fracaso del diálogo. La guerra nunca es ni puede ser “la política por otros medios”, sino la sustitución de lo humano por lo inhumano. Guerra y justicia son, pues, incompatibles. Lo humano es, por excelencia, el diálogo y la negociación. El hecho de que haya intereses diversos e incluso contrapuestos no debería ser excusa para no dialogar, sino todo lo contrario. Es solo desde esa diversidad que pasa por la mediación del diálogo que se puede llegar a acuerdo, pactos, proyectos comunes. La verdadera política, aquella con la P mayúscula, permite convertir el diálogo en resultados negociados que apuntan al Bien Común. Eso nos confirmaba el Papa Francisco en aquel diálogo con los jesuitas de la CG 36; *La gran política. Y en eso creo que las polarizaciones no ayudan. Por el contrario, lo que ayuda en la política es el diálogo.*⁶

3. Fe y Justicia

Para quienes encuentran en la experiencia religiosa la fuente motivacional de su vida, la justicia es una exigencia de la fe. Por consiguiente, la lucha por la justicia, en su más amplio sentido, se convierte en una dimensión constitutiva e irrenunciable del sentido religioso de la vida, es decir, es una consecuencia del haber experimentado al Dios de la vida, al Creador de la historia humana, enteramente bueno, al que podemos llamar, como nos enseñó Jesús de Nazaret, *Abba*, Padre. Jesús nos coloca a todos en una relación de fraternidad que conlleva necesariamente la exigencia de que entre los hijos e hijas del mismo Padre, el reconocimiento, la acogida, el respeto, el apoyo, la colaboración y la comunión sean vividos como dimensiones fundamentales de su existir como seres humanos.

La justicia por la que luchamos, inspirados desde la fe, es la del reinado de Dios. La comprensión de lo que significa ese Reinado nace del mismo anuncio que de él hace Jesucristo con su vida y su palabra. Es un Reinado en el que el Rey -Dios Padre- no hace otra cosa que cuidar, sostener, servir a sus hijos e hijas, como nos los hizo ver Jesús de manera radical en la escena del lavatorio de los pies. Lo que Jesús hace es lo que hace a su vez el Padre. Es lo que nos transmite Juan sobre Jesús en su Evangelio: *El que me ve, ve al Padre* (Jn 14,8) y todavía, *Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo.* (Jn 5,17)

⁵ Véanse los n. 25-30 del Decreto 1 de la CG 36.

⁶ *Tener coraje.*, op. cit.

Nosotros, que, por la acción del Espíritu Santo, hemos acogido la Revelación del rostro del Padre en Jesucristo, Su Palabra hecha ser humano, y que nos hicimos seguidores del Cristo, como camino hacia la vida verdadera, no podemos huir a las exigencias de la justicia, si queremos ser fieles a nuestro nombre de cristianos.

En esa misma línea, la Compañía de Jesús, desde la Congregación General 32ª (1974) comprende su misión como *el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta, en cuanto forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios*⁷. La Compañía de Jesús, reunida en la Congregación General 36ª, se comprende, desde nuestra actual realidad mundial, en la misma línea, como un grupo de *compañeros llamados a una misión de reconciliación y de justicia*.⁸

Desde la perspectiva de la Iglesia Católica y de esta Universidad, la justicia realmente existente en una sociedad se mide desde la perspectiva y situación de los pobres de esa sociedad. Por eso, los *derechos humanos* son en primer lugar los derechos de los pobres y una sociedad que reivindique el derecho como la forma de gestionar su vida.

4. Reconciliación y Justicia

Desde la comprensión de la humanidad como creada constitutivamente para la vida en comunión, podemos afirmar, con el lenguaje bíblico-teológico, que cada vez que los seres humanos nos desviamos de ese elemento que nos constituye, vivimos lo que se suele llamar “pecado. El pecado es, fundamentalmente, lo que nos resta humanidad, todo lo que disminuye, daña, echa a perder lo humano, tanto en el ámbito individual como en el comunitario. En ese sentido, las rupturas en el ámbito de nuestras relaciones fundamentales (con los demás, con la Creación, con Dios) provocadas por nuestras decisiones son pecados, por tanto, necesitan perdón y reconciliación. El camino de la reconciliación permite que se restablezcan las relaciones, y con eso, la justicia, en el sentido de que se vuelve vivir en las justas, acertadas, adecuadas y apropiadas relaciones.

La reconciliación es fundamentalmente una misión de esperanza. Los artífices de la reconciliación son siempre mensajeros de confianza en el futuro. Se sienten llamados a sanar las heridas, a reconstruir puentes, a derrumbar muros, a proponer nuevos caminos.

En ese sentido, la Compañía de Jesús comprende la íntima relación que hay entre reconciliación y justicia. No se puede establecer un proceso que desemboque en una verdadera reconciliación sin tomar en cuenta las exigencias de la justicia. Por ende, la promoción de la justicia social y la generación de una cultura de diálogo entre las culturas y las religiones, es parte del servicio a la reconciliación entre los seres humanos (tanto individuos como comunidades), entre los seres humanos con la creación, entre la humanidad y Dios.

Desde nuestra experiencia cristiana, no tememos afirmar que esas tres dimensiones del servicio a la reconciliación van siempre unidas. Sería falso afirmar una real reconciliación

⁷ CG 32, D. 1, n. 2

⁸ CG 36, D. 1

con Dios, si al mismo tiempo no se da la reconciliación entre los seres humanos y de éstos con la creación. Tampoco sería verdadero hablar de verdadera reconciliación con la creación, si no se toma en cuenta que ella es la condición de posibilidad de nuestro existir, que nos ha sido regalada como Don del Creador y que nos toca a todos cuidarla y respetarla. Sería incompleta la reconciliación entre los seres humanos, se no se considera lo trascendente de nuestra condición humana.

El servicio a la reconciliación y a la justicia implica que construyamos puentes que permitan el diálogo. Muchas veces, la tarea de construir puentes, o de “hacerse puentes” supone ser pisoteados por ambos lados del conflicto. Tal es el precio de nuestro servicio y, en el anhelo de hacerlo al estilo de Jesús, estamos dispuestos a pagarlo.

5. Grandes desafíos a la Reconciliación y la Justicia de la actual realidad mundial

La exigente labor de la reconciliación y la promoción de la justicia comienzan con la comprensión del mundo en el que vivimos y que tenemos como hogar. En ese sentido, el apostolado intelectual en nuestras instituciones universitarias quiere, de una parte, ayudar a las jóvenes generaciones que buscan formación académica y profesional a situarse en la realidad –enraizados, con gratitud, en el conocimiento del pasado, atentos con la mirada crítica y libre a las cuestiones del presente y mirando con creatividad, ilusión y esperanza hacia el futuro- para que desde ahí puedan proyectar su desarrollo personal y su aporte como profesionales e investigadores, contribuyendo a la construcción de un mundo mejor.

Esta necesidad de comprender a fondo nuestro mundo para poder ofrecer el mayor y el mejor servicio a la Gloria de Dios es la razón por la cual entendemos nuestra misión como un verdadero *apostolado intelectual*. Nuestro deseo es entender el ser humano y el mundo, en su complejidad, para que el ser humano pueda configurar el mundo de un modo más compasivo y por tanto más divino.

La gran inversión que desde las Universidades hace la Compañía de Jesús en la formación intelectual es porque queremos que todos los que participan en la vida universitaria sean capaces de comprender y de pensar por sí mismos en cada situación o contexto en que se encuentren. Necesitamos ser verdaderos intelectuales, en el mundo de las Ciencias humanas y sociales, en el análisis social, en la educación o en la pedagogía y en cualquier campo del conocimiento. Por el mero hecho de trabajar en una institución de educación superior o en centro de investigación, no se es, automáticamente, un “intelectual”. Para llegar a ser un “pensador” en una disciplina, en un área de investigación, se requiere un proceso sostenido, un esfuerzo personal y colectivo, un compromiso consigo mismo y con los demás.

Para quienes comparten la misión de la Compañía de Jesús, vivir el apostolado intelectual es profundizar en una lectura inteligente, profunda, crítica del mundo y sus desafíos. A lo largo de su historia, la humanidad ha siempre vivido simultáneamente entre luces y sombras. Hoy no es diferente. Las sombras de nuestra realidad actual no son ajenas, sino motivo de preocupación, pues nos hacen ver una profunda crisis, que afectad las relaciones

sociales, la economía y el medio ambiente. En su raíz encontramos injusticias estructurales y múltiples abusos cometidos contra los seres humanos y el medio ambiente.⁹

Les invito a dar una mirada sobre seis realidades del mundo de hoy que desafían nuestro apostolado intelectual a buscar repuestas creativas.

La primera realidad son las migraciones en proporciones hasta ahora desconocidas. Se trata de muchos millones de personas que, en condición de migrantes, desplazados o refugiados, dejan su lugar de origen y se arriesgan en busca de una vida mejor o al menos, sobrevivir a conflictos, desastres naturales o situaciones de extrema miseria. Esos grandes movimientos humanos se dan a veces al interno de un mismo país, pero también de un país a otro, de un continente a otro. Masas humanas que sufren todo tipo de dificultades y no siempre reciben el apoyo o la acogida de que tanto necesitan. No pocas veces, lo que encuentran donde llegan es el miedo del otro, el rechazo, la agresividad y hasta el odio, actitudes que se traducen concretamente en la construcción de todo tipo de barreras para evitar su llegada o su integración social.

Una segunda realidad se nos presenta en la forma de contraste que nos desubica. Los indicadores del sistema económico mundial siguen señalando un continuo crecimiento en la creación de riquezas. Hay países que han logrado erradicar la miseria o la pobreza de la vida de buena parte de su población. Sin embargo, la desigualdad crece proporcionalmente a la riqueza. El abismo entre ricos y pobres se hace cada vez más profundo e infranqueable. Por tanto, crecen la injusticia y las posibilidades de conflictos sociales o entre naciones.

La tercera realidad desafiante es el debilitamiento de la capacidad de diálogo que lleva al recrudecimiento de la polarización y el conflicto. El fanatismo, la intolerancia, la amenaza a los demás por medio del terror, la violencia y aún la guerra, parecen crecer. No hay duda de que ese endurecimiento en posiciones que no se disponen al diálogo y a la negociación es producto de intereses mezquinos que se mantienen muchas veces ocultos. Tampoco hay duda de que esas propuestas radicales encuentran acogida más fácil entre las personas que se sienten explotadas, que viven en pobreza, que se sienten amenazadas en su integridad física, moral, cultural, que no han tenido posibilidad de educación, que viven en situaciones de desesperación. Conscientes del poder de movilización de lo religioso evoca en el corazón humano, no hay ningún escrúpulo en usar de la religión y de imágenes distorsionadas de los dioses, para lograr debilitar o eliminar la otra parte, justificando así reacciones de violencia, odio y agresión.

Una cuarta realidad sombría de nuestros tiempos es la crisis ecológica que afecta, en palabras del Papa Francisco, nuestra "casa común". El Papa que ha elegido como "marca" de su pontificado el nombre del Santo hermano de toda la Creación, señala, en su encíclica *Laudato Sí*, de manera clara e incuestionable, que el nuestro actual sistema de producción y consumo engendra una cultura del "descarte", la cual no solo conlleva el deterioro de toda la Creación, al punto de poner en riesgo la sostenibilidad del mismo planeta, como también afecta profundamente el tejido de nuestras relaciones sociales.

⁹ Ver CG 36, D. 1, n. 29.

Otra realidad que vivimos entre luces y sombras, la quinta, es la cultura digital, que va conquistando siempre más espacio en nuestras vidas. No hay duda de que la tecnología digital, el internet, las redes sociales del mundo virtual han generado cambios radicales en nuestra manera de ser y de pensarnos como seres humanos. Si, como decíamos al inicio de esta exposición, somos constitutivamente seres de relación, en relación, para la relación, ¿cómo comprenderlo en esta nueva realidad en la que la comunicación, la relación, el modo de interactuar prescinde de la inmediatez de la presencia del otro? Se trata de cambios culturales de amplio alcance que se desarrollan a una velocidad que parece sobrepasar nuestra capacidad de asimilarlos, comprenderlos y controlarlos. Se afectan las relaciones personales e intergeneracionales, se desafían los valores tradicionales, la misma comprensión y protección de esa realidad por medio de una legislación adecuada está sometida a esfuerzos inmensos para no quedar demasiado atrasada. Si, de un lado, el nuevo hábitat humano, el “ecosistema digital”, nos ha brindado la posibilidad de expandir el alcance a la información y la capacidad de conexión solidaria en medidas inimaginables hasta hace pocas décadas, por otra parte, se va mostrando también como instrumento de gran eficacia -infelizmente, para la difusión de “noticias falsas” y la diseminación de prejuicios, odios y agresividad sin control.

Por fin, y retomando un punto ya explicitado al inicio, nos encontramos en un tiempo de debilitamiento de la política. Como nos había dicho en Papa en aquel encuentro suyo con la CG 36: *En general, la opinión que escucho es que los políticos están de capa caída. Faltan esos grandes políticos que eran capaces de jugarse en serio por sus ideales y no le tenían miedo al diálogo ni a la pelea, sino que iban adelante, con inteligencia y con el carisma propio de la política.*¹⁰ No son pocos los países donde se percibe una creciente decepción y desconfianza ante la política como ámbito de búsqueda del Bien Común. Eso se debe fundamentalmente a los resultados negativos producidos desde la manera como personajes y partidos políticos se han comportado en el ejercicio de sus funciones. Hay mucho descontento y descrédito por las expectativas no cumplidas y los problemas no resueltos. Se desconfía de los actuales modelos de democracia, y la falta de otra opción lleva a que muchos miren con nostalgia a modelos autoritarios o dictatoriales, haciendo posible que líderes populistas lleguen al poder explotando el miedo y la rabia de los pueblos, con seductoras propuestas de cambios irreales.

Esos seis retos son emblemáticos de un cambio de época. Más que nunca, tenemos conciencia de que somos una única comunidad humana en este planeta, y que no hay modo de “escapar” a nuestro destino común.

Es este el horizonte que interpela nuestra labor intelectual. Son estas las llamadas que nos hace la realidad. Desde la fe cristiana, interpretamos esas señales de los tiempos como los gritos de la humanidad que suben a los cielos y llegan al corazón de Dios. Desde nuestra fe cristiana, sabemos que Él no es impasible, sino un Dios de misericordia, que escucha el clamor de su pueblo y viene en su ayuda¹¹. Por la acción de su Espíritu en el corazón de todos y cada uno de los seres humanos, Dios nos llama e invita hoy a que juntos busquemos luces, respuestas, caminos, posibilidades. Ese mismo Espíritu nos hace presentes la vida y

¹⁰ *Tener coraje... op. cit.*

¹¹ Ese es el hilo conductor del Libro del Éxodo

la Palabra de Jesucristo, la Palabra Eterna hecha uno de nosotros, el Emanuel (Dios-con-nosotros). En Jesús se nos revela el Rostro divino del Padre y el rostro humano del Hermano, los cuales, a la vez, nos iluminan e interpelan y así nos revelan la verdad sobre nosotros mismos.

6. La dinámica del MAGIS

Antes de concluir, quisiera recuperar un elemento de la tradición espiritual ignaciana que tiene mucho que ofrecer al esfuerzo por la excelencia en todos los campos de la vida de la Universidad. Se trata de una palabra latina, la cual, aunque sea breve, tiene un enorme potencial catalizador de nuestra energía apostólica. Se trata de la palabra MAGIS, un término latino que se puede traducir como MÁS o MEJOR. En la experiencias de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, esa palabra se presenta múltiples veces: la persona que pasa por la aventura espiritual de los Ejercicios Espirituales, es una y otra vez invitada a examinar la experiencia y a evaluar cómo ha sido, y cómo podría ser más profunda, más generosa, más libre, más confiada, o a elegir lo que mejor ayudaría a alcanzar el fin que se ha propuesto. Se parte del supuesto de que por bien que se haga algo, siempre es posible mejorar, abrir más espacio a la acción de Dios en la vida propia y en la historia humana.

La Compañía de Jesús anhela, en su empeño en la labor universitaria, la excelencia académica. Desea que la universidad se preocupe en implementar los mejores procesos pedagógicos, desarrolle lo mejor en investigación, produzca conocimiento de calidad, busque mayor incidencia en la realidad. Pero quiere también contribuir a la excelencia humana de nuestros estudiantes, profesores y colaboradores. Que sean mujeres y hombres que, desde su participación en la vida de la universidad, se hagan cada vez más conscientes, más competentes, más compasivos y más comprometidos. La excelencia académica, que sin duda es una dimensión fundamental en una universidad confiada a la Compañía, se sitúa en el contexto más amplio de una formación para la excelencia humana integral. De hecho, es esta excelencia humana integral la que da el sentido último a la excelencia académica.

No tenemos duda de la excelencia de la labor realizada en esta universidad. Los indicadores, tanto internos como externos, nos lo señalan. No es por casualidad que la PUC-Rio es reconocida como la mejor universidad comunitaria de Brasil y se encuentra entre las diez mejores universidades de América Latina. Indicadores que son motivo de alegría y gratitud. Felicito a todos y todas los que han aportado su contribución para que se haya llegado a tan altos niveles de excelencia.

Un elemento que seguramente ha sido parte de ese camino de excelencia es la participación de la PUC-Rio en redes en las que se interrelacionan instituciones universitarias confiadas a la Compañía en el Brasil (FORIES) y América Latina (AUSJAL), pero también en otras redes en otros ámbitos y niveles. Esa disposición para colaborar con otros amplía los horizontes de la vida universitaria, la enriquece desde los intercambios, y potenciando el alcance de su incidencia en la realidad.

Sin embargo, les invito a volver a la palabrita MAGIS. Como les decía, ella tiene la fuerza de ponernos siempre de nuevo en camino. Reconocer con alegría y gratitud la excelencia ya alcanzada, además, reconocida, podría llevarnos a tener como principal preocupación -

aunque justa y exigente- simplemente mantener el nivel alcanzado, o en la gozosa comodidad de lo ya logrado, o aún peor, en la “pereza” del que cree que ya es suficiente.

En la oportunidad de esta visita a la PUC-Rio renuevo, pues, mi gratitud a toda la comunidad universitaria –Rector y Cuerpo directivo, profesores, investigadores, estudiantes, cuerpo administrativo- y todos los demás hombres y mujeres, que con su trabajo, sus cualidades, su vitalidad y energía, contribuyen en esta obra apostólica que es de la Iglesia y que está confiada a la Compañía de Jesús. Agradezco, pues, también, por todo el apoyo, orientación, acompañamiento que la Archidiócesis de Rio de Janeiro brinda a ese apostolado. No sobraré nunca subrayar su importancia en el actual contexto de la Iglesia y del país, pero también del mundo.

El deseo de la Compañía de Jesús es que, la PUC-Rio, inspirada y fundamentada en la sabiduría humano-divina del Evangelio, la Tradición milenaria de la Iglesia y en la experiencia apostólica de la Compañía de Jesús, siga siendo un verdadero espacio de diálogo e integración, en que el sincero y generoso servicio a la Fe lleve a las personas a vivir con MÁS Esperanza desde el Amor que se concreta MÁS en obras que en palabras.

Que este *campus* sea una realidad en la que las personas que aquí estudian, trabajan o viven experimenten y confirmen que la convivencia respetuosa entre los diferentes no solo es posible, sino deseable, porque es señal de la infinita potencialidad de la fuerza creadora de Dios, de la cual participamos también nosotros, sus hijas e hijos.

Que la PUC-Rio sea una señal de que, si hay conflictos e incluso rupturas, el camino de la reconciliación está siempre abierto y que estamos dispuestos a acompañar a los que lo quieran recorrer.

Que la producción académica, intelectual, las actividades de extensión, los servicios a la comunidad, la incidencia social de la labor universitaria sean una contribución de calidad en la promoción de la justicia, haciendo diferencia, para mejor, para MÁS, no solo en la Ciudad Maravillosa y el Brasil, sino para toda la humanidad.

Muchas gracias.

Arturo Sosa, S.I.